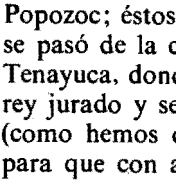
birle en su ciudad; de cuyo hecho comenzaron a dividirse las voluntades y a estar desconformes (aunque por miedo que a Xolotl tenían, no le perdían de todo punto ni en público el respeto, que le debían, como a señor y rey supremo). Este atrevimiento parece que creció con la muerte del dicho rey y sucesión de Nopaltzin, a quien tenían por belicoso y temían de su cólera que los trataría con aspereza y como poderoso y por otras razones y causas. Ya como muchos de los señores anduviesen algo atrevidos y como un cuerpo que está lleno de ronchas, por razón del gran pujamiento de sangre que padece, la cual está tan dispuesta para hacer fuga que no aguarda a más de que le piquen para saltar y manchar al que ha picado, así este cuerpo místico de república estaba tan lleno de ronchas, de ambición y tan hinchado que a cualquier ocasión, por leve que fuese, mostraba el deseo y bullicio grande que tenía de reventar y salir manchado y ofendiendo la obediencia que a su monarca debían; pero Nopaltzin, que no era menos prudente y sabio que belicoso, procuró introducirse en su imperio ganando voluntades perdidas y afijando las ganadas; pero duró (en general) esta quietud y sosiego poco tiempo; porque como la olla del deseo de verse cada cual señor absoluto, hervía, llegaba la ambición a espumarla, y derramando la espuma daba a entender la pujanza de su calor y fuego. De aquí nació que aunque no se atrevían contra la corona imperial, se hacían ya guerra los unos a los otros, por matarse y quitarse sus provincias y señoríos; a los cuales pacificaba Nopaltzin, como padre universal que era, doliéndose de su perdición y aun temiendo que a las vueltas de estas paces, alguna vez, no se diesen en la cabeza (cosa muy ordinaria en los que ponen mano en ellas).

CAPÍTULO XXXVII. *De los hijos que el emperador Nopaltzin tuvo, y de otras cosas de su tiempo*



L PRIMER AÑO que Nopal casó con la señora tulteca, hubo de ella un hijo, al cual pusieron por nombre Tlotzin, que fue el que entró en la herencia y sucesión del imperio, por muerte de su padre Nopaltzin. Tras el dicho le nació otro, a quien llamaron Quauhtequihua y por otro nombre Tochintecuhtli. Y tras éste le vino el tercero, que se llamó Popozoc; éstos fueron legítimos. Luego que Nopaltzin heredó el imperio se pasó de la ciudad de Tetzcuco, donde vivía y era rey, a la imperial de Tenayuca, donde su padre Xolotl asistía y murió; y dejó en su ciudad, por rey jurado y señor de ella, al príncipe Tlotzin, su hijo, por ser costumbre (como hemos dicho) de dar señoríos a los herederos de cualquier reino, para que con aquellos principios de ejercicio le tuviese, cual debía, en la monarquía que después se le entregaba. A Quauhtequihua hizo señor de la provincia de Zacatlan, que era una de las mayores y más poderosas de aquellos tiempos. Y al tercero, llamado Popozoc, hizo señor de Tenamitic.

Si se considerase bien esta costumbre, que estas gentes tuvieron, se vería cómo es muy provechosa para conservarse los monarcas y príncipes del mundo en sus señoríos, sin riesgo de los daños que por no hacerse, muchas veces corren; porque como la experiencia ha enseñado y hemos visto y sabido por historias antiguas que los hijos han deseado la muerte a sus padres; y no sólo deseándosela, sino también pretendídosela, por llegar a mandar para cuyo fin no atienden a la maldad que cometen en menospreciar a los padres (caso que tan encomendado está de la razón, pues lo es tan grande reverenciar al que me engendró y dio el ser de hombre que tengo, en cuya tutela nací y a cuya sombra y abrigo pasé los años de mi puericia, sin cuyo favor y amparo la tierra no me sufriera) y sabemos por las divinas letras[1] (como dejamos dicho), que Absalón hizo guerra a su padre David por despojarle del reino y poseerle él; lo cual no sucediera por ventura si le hubiera divertido el gusto, con hacerle señor de alguna parte de él. Y volviendo al propósito digo que usando de esta loable costumbre estas naciones chichimecas, se vino a Tenayuca Nopaltzin y dejó en Tetzcuco a Tlotzin, su hijo y comenzó a disponer a su gusto y modo las cosas del gobierno de su imperio, las cuales le ponían en mucho cuidado, por estar entonces más revueltas y enmarañadas que hasta aquellos tiempos lo habían estado.

CAPÍTULO XXXVIII. *De cómo el emperador Nopaltzin fue a ver a su hijo Tlotzin, rey de Tetzcuco; y las razones que le dijo en un jardín de su padre*

UN AÑO ESTUVO NOPALTZIN en la ciudad imperial de Tenayuca, rigiendo y gobernando sus gentes, sin tener causa que le moviese a salir de ella. Mas al segundo de su elección se partió a la de Tetzcuco a ver a su hijo Tlotzin; y la que pudo tener sería andar revueltos los señores y cabezas del reino por entonces; que aunque no se atrevían a él, andaban muy divisos entre sí y encontrados unos con otros y por comunicar con el rey, su hijo, el orden mejor que se podría dar para pacificarlos y quietarlos, antes que se tomasen licencia, para mostrar en público la pasión de sus corazones; porque no era posible, sino que había de redundar en daño universal del imperio y en manifiesta descomposición, de su universal rey y señor; pues hacían contra la fe jurada y obediencia prometida.

Estuvo en la ciudad real de Tetzcuco algún tiempo; en el discurso del cual, habiendo salido a cierta recreación, que solía ser de su padre Xolotl, acompañado de su hijo Tlotzin y otros muchos señores que con él fueron y asistían con su hijo, comenzó el emperador a llorar; y preguntada la causa de sus lágrimas dijo: acuérdome que cuando mi padre hizo este jardín y huerto, tenía hijos más pacíficos que yo tengo y tenían sus corazones

[1] 2. Regum. 16.